

EL PERRO DEL HORTELANO.

COMEDIA

DE LOPE DE VEGA CARPIO.

Hablan en ella las personas siguientes:

<i>Diana, Condesa de</i>	<i>Dorotea.</i>	<i>tonelo, Lacayos.</i>
<i>Beiflor.</i>	<i>Anarda.</i>	<i>Tristan.</i>
<i>Teodoro, su Secretario.</i>	<i>Octavio.</i>	<i>El Marqués Ricardo</i>
<i>El Conde Federico.</i>	<i>Fabio.</i>	<i>Celio, Criado.</i>
<i>Leonido, Criado.</i>	<i>El Conde Ludovico.</i>	<i>Camilo.</i>
<i>Marcela.</i>	<i>Furio, Lirano, y An-</i>	

JORNADA PRIMERA.

Sale Teodoro con una capa guarnecida, de noche, y Tristan criado, huyendo.

Teo. Huye, Tristan, por aquí.

Tris. Notable desdicha ha sido.

Teo. Si nos habrá conocido?

Tris. No sé: presumo que sí.

Vanse, y sale Diana Condesa de Beiflor.

Dia. Ah gentil hombre, esperad, reneos, oid: qué digo?

esto se ha de usar conmigo?

volved, mirad, escuchad.

Ola, no hay aquí un criado?

Ola, no hay un hombre aquí?

pues no es hombre lo que ví,

ó sueño que me ha burlado?

Ola? todos duermen ya?

Sale Fabio, criado.

Fab. Llama vuestra señoría?

Dia. Para la colera mía.

gusto esa flema me dá.

Corred, necio, en horamala,

pues mereceis este nombre,

y mirad quién es un hombre, que salió de aquesta sala.

Fia. Desta sala? *Dia.* Caminad, y responded con los pies.

Fab. Voy tras él. *Dia.* Sabed quien es.

Fab. Hay tal traición! tal maldad!

Sale Octavio.

Oct. Aunque su voz escuchaba, á tal hora no creía

que era vuestra señoría quien tan apriesa llamaba.

Dia. Muy lindo Santelmo haceis,

bien temprano os acostais,

qué despacio que os moveis!

Andan hombres en mi casa

á tal hora, y aun los siento

casi en mi propio aposento,

que no sé yo dónde pasa

tan grande insolencia, Octavio,

y vos muy á lo escudero,

quando yo me desespero,

así remediais mi agravio?

Oct. Aunque su voz escuchaba

á tal hora, no creía

que era vuestra señoría
quien tan apriesa llamaba.

Dia. Volveos, que no soy yo,
acostaos que os hará mal.

Sale Fabio.

Oct. Señora? *Fab.* No he visto tal:
como un gavilan partió.

Dia. Vistes las señas? *Fab.* Qué señas?

Dia. Una capa no llevaba
con oro? *Fab.* Quando baxaba
la escalera? *Dia.* Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa.

Fab. A la lampara tiró
el sombrero, y la mató,
con esto los pasos pasa,
y en lo obscuro del portal
saca la espada, y camina.

Dia. Vos sois muy linda gallina.

Fab. Qué queria? *Dia.* Pesia tal:
cerrar con él y inatalle.

Oct. Si era hombre de valor,
fuera bien echar un honor
desde el portal á la calle?

Dia. De valor aquí, por que?

Oct. Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por donde puede te ve.
No hay mil señores, que están
para casarse contigo
ciegos de amor? pues bien digo,
si tu le viste galan,
y Fabio tirar baxando
á la lampara el sombrero.

Dia. Sin duda fué caballero,
que amando, y solicitando,
vencerá con interés
mis criados: qué criados
tengo, Octavio, tan honrados!
pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar:
ve por él. *Fab.* Si le he de hallar?

Dia. Pues claro está, majadero,
qué no habia de baxarse
por él, quando huyendo fué.

Fab. Luz, señora, llevaré.

Dia. Si ello viene á averiguarse,
no me ha de quedar criado

en casa. *Oct.* Muy bien harás;
pues quando segura estás,
te han puesto en ese cuidado.
Pero aunque es bachillería,
y mas estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
esta tu justa porfia
de no te querer casar,
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
que te obligasen á amar.

Dia. Sabes vos alguna cosa?

Oct. Yo, señora, no se mas
de que en opinion estás
de incasable, quanto hermosa.
El Condado de Beiflor
pone á muchos en cuidado.

Sale Fabio.

Fab. Con el sombrero he topado,
mas no puede ser peor.

Dia. Este? *Oct.* No le he visto yo
mas sucio. *Fab.* Pues este fué.

Dia. Este hallaste? *Fab.* Pues yo habia
de engañarte? *Oct.* Buenas son
las plumas. *Fab.* El es ladron.

Oct. Sin dda á robar venia.

Dia. Harcisme perder el seso.

Fab. Este sombrero tiró?

Dia. Pues las plumas que ví yo,
y tantas, que aun era exceso,
en esto se resolvieron?

Fab. Cómo en la lampara dió,
sin duda se las quemó,
y como estopas ardieron.
Icaro al sol no subia,
que abrasandose las plumas
cayó en las blancas espumas
del mar: pues eso seria.
El sol la lampara fué,
Icaro el sombrero, y luego
las plamas deshizo el fuego,
y en la escalera le hallé.

Dia. No estoy para burlas, Fabio:
hay aquí mucho que hacer.

Oct. Tiempo habrá para saber
la verdad. *Dia.* Qué tiempo, Octavio?

Oct. Due me ahora, que mañana
lo puedes averiguar.

Dia. No me tengo de acostar,
no por vida de Diana,
hasta saber lo que ha sido:
llama esas mugeres todas. *vase Fabio.*

Oct. Muy bien la noche acomodas.

Dia. Del sueño, Octavio, me olvido
con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

Oct. Saber despues lo que pasa
fuera discrecion, y hacer
secreta averiguacion.

Dia. Sois, Octavio, muy discreto,
que dormir sobre un secreto
es notable discrecion.

Silen Fabio, Dorotea, Marcela y Anar-

Fab. Las que importan he traído, (*da.*
que las demas no sabrán
lo que deseais, y están
rindiendo al sueño el sentido.
Las de tu cámara solas
estaban por acostar.

An. De noche se altera el mar,
y se enfurecen las olas;
quieres quedar sola? *Dia.* Sí:
salios los dos allá.

Fab. Bravo exâmen. *Oct.* Loca está.

Fab. Y sospechosa de mí.

Dia. Llegate aquí, Dorotea,

Dor. Qué manda su señoría?

Dia. Que mi dixeres querria
quién esta calle pasea.

Dor. Señora, el Marques Ricardo,
y algunas veces el Conde
París. *Dia.* La verdad responde
de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.

Dor. Qué te puedo yo negar?

Dia. Con quién los has visto hablar?

Dor. Si me pusieses en medio
de mil llamas no podré
decir que fuera de tí
hablar con nadie los ví
que en aquesta casa esté.

Dia. No te han dado algun papel?
niagun page ha entrado aquí?

Dor. Jamas. *Dia.* Apartate allí.

Mar. Brava inquisicion. *An.* Cruel.

Dia. Oye, Anarda. *An.* Qué me mandas?

Dia. Qué hombre es este que salió?

An. Hombre? *Dia.* Desta sala, y yo
sé los casos en que andas.

Quén le traxo á que me vieses?
con quién habla de vosotras?

An. No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.

Hombre para verte á tí,

habia de osar traer

criada tuya, ni haber

esa traicion contra tí?

No señora, no lo entiendes.

Dia. Espera, apartate mas,
porque á sespechar me das
si engañarme no pretendes.

Que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí?

An. El verte, señora, así,

y justamente enojada,

dexada toda cautela,

me obliga á decir verdad,

aunque contra el amistad

que profeso con Marcela:

ella tiene á un hombre amor,

y él se lo tiene tambien;

mas nunca he sabido quien.

Dia. Negario, Anarda, es error:

ya que confiesas lo mas,

para qué niegas lo ménos?

An. Para secretos agemos

muelo tormento me das,

sabiendo que soy muger:

mas basta que hayas sabido

que por Marcela ha venido;

bien te puedes recoger:

que es sola conversacion,

y ha poco que se comienza.

Dia. Hay tan cruel desvergüenza!

buena andarâ la opinion

de una muger por casar:

por el siglo, infame gente,

del Conde mi señor... *An.* Tente,

y dexame disculpar;

que no es de fuera de casa

el hombre que habla con ella,

ni para venir á vella,

por esos peligros pasa.

Dia. En efecto, es mi criado?

An. Sí señora. *Dia.* Quiéa? *An.* Teodoro.

Dia. El Secretario? *An.* Yo ignoro lo demas, sé que han hablado.

Dia. Retírate, Anarda, allí.

An. Muestra aquí tu entendimiento.

Dia. Con mas templanza me siento, sabiendo que no es por mí.

Marcela? *Mar.* Señora? *Dia.* Escucha.

Mar. Qué mandas? temblando llevo.

Dia. Eres tú de quien fiaba mi honor y mis pensamientos?

Mar. Pues qué te han dicho de mí, sabiendo tú que profeso la lealtad que tú mereces?

Dia. Tú lealtad? *Mar.* En qué te ofendo?

Dia. No es ofensa que en mi casa, y dentro de mi aposento, entre un hombre á hablar contigo?

Mar. Está Teodoro tan necio, que donde quiera me dice dos docenas de requiebros.

Dia. Dos docenas, bucao á fe: bendiga el buen año el ciclo, pues se venden por docenas.

Mar. Quiero decir que en saliendo ó entrando, luego á la boca traslada sus pensamientos.

Dia. Traslada? término extraño!

y qué te dice? *Mar.* No creo que se me acuerde. *Dia.* Sí hará.

Mar. Una vez dice, yo pierdo el alma por esos ojos; otra, yo vivo por ellos: esta noche no he dormido desvelando mis deseos en tu hermosura; otra vez me pide solo un cabello, para atarlos, porque están en su pensamiento quedos; mas para qué me preguntas niñerías? *Dia.* Tú á lo menas, bien te huelgas. *Mar.* No me pesa, porque de Teodoro entiendo que estos amores dirige á fin tan justo y honesto como el casarse conmigo.

Dia. Es el fin del casamiento honesto blanco de amor.

Quieres que yo trate desto?

Mar. Qué mayor bien para mí pues ya, Señora, que veo tanta blandura en tu enojo, y tal nobleza en tu pecho, te aseguro que le adoro, porque es el mozo mas cuerdo, mas prudente y entendido, mas amoroso y discreto que tiene aquesta ciudad.

Dia. Ya se yo su entendimiento del oficio que me sirve.

Mar. Es diferente el sugeto de una casta en que le pruebas, á dos tiempos tus deudos, ó el verle hablar mas de cerca en estilo dulce y tierno razones enamoradas.

Dia. Marcela, aunque me resuelvo á que os caseis quando sea para executarlo tiempo, no puedo dexar de ser quien soy, como ves que debo á mi genzeso nombre; porque no fuera bien hecho daros lugar en mi casa, sustentar mi enojo quiero, pues que ya todos lo saben, tú podrás con mas secreto proseguir ese tu amor: que en la ocasion yo me ofrezco á ayudáros á los dos, que Teodoro es hombre cuerdo, y se ha criado en mi casa. Y á tí, Marcela, te tengo la obligacion que tú sabes, y no poco parentesco.

Mar. A tus pies tienes tu hechura.

Dia. Vete. *Mar.* Mil veces los beso.

Dia. Dexadme sola. *An.* Qué ha sido?

Mar. Enojos en mi provecho.

Dor. Sabe tus secretos ya?

Mar. Si sabe, y que son honestos.

Hacena tres reverencias, y vanse.

Dia. Mil veces he advertido en la belleza, gracia y entendimiento de Teodoro, que á no ser desigual á mi decoro, estimara su ingenio y gentileza.

Es el amor comun naturaleza:
 mas yo tengo mi honor por mas tesoro,
 que los respetos de quien soy adoro,
 y aun el pensar lo tengo por baxeza. (me)
 La envidia bien se yo que ha de quedar-
 que si la suelen dar bienes agenos,
 bien tengo de que pueda lamentarme.
 Porque quisiera yo que por lo menos,
 Teodoro fuera mas para igualarme,
 ó yo para igualarle fuera menos.

Vase, y salen Teodoro y Tristan.

Teo. No he podido sosegar.

Tris. Y aun es con mucha razon,
 que ha de ser tu perdicion,
 si lo lleva á averiguar.
 Díxete que la dexaras
 acostar, y no quisiste.

Teo. Nunca el amar se resiste.

Tris. Tiras, pero no reparas.

Teo. Los diestros lo hacen así.

Tris. Bien se yo que si lo fueras,
 el peligro conocieras.

Teo. Si me conoció? *Tris.* No, y sí;
 que no conoció quien eras,
 y sospecha le quedá.

Teo. Quando Fabio me siguió
 baxando las escaleras,
 fué milagro no matalle.

Tris. Qué lindamente tiré
 mi sombrero á la luz! *Teo.* Fué
 detenelle, y deslumbralle;
 porque si adelante pasa,
 no le dexara pasar.

Tris. Dixe á la luz al baxar:
 dí, que no somos de casa
 Y respondiome, mentis,
 alzo, y tiré el sombrero:
 quedé agraviado? *Teo.* Hoy espero
 mi muerte. *Tris.* Siempre decís
 esas cosas los amantes,
 quando menos pena os dan.

Teo. Pues qué puedo hacer Tristan,
 en peligro semejante?

Tris. Dexar de amar á Marcela,
 pues la Condesa es muger
 que si lo llega á saber,
 no te ha de valer cautela
 para no perder su casa.

Teo. Qué no hay mas, sino olvidar?

Tris. Lecciones te quieto dar
 de cómo el amor se pasa.

Teo. Ya comienzas desatinos.

Tris. Con arte se vence todo,
 oye por tu vida el modo,
 por tan fáciles caminos.
 Primeramente has de hacer
 resolucion de olvidar,
 sin pensar que has de tornar
 eternamente á querer.

Que si te queda esperanza
 de volver no habrá remedio
 de olvidar, que si está en medio
 la esperanza, no hay mudanza.
 Por qué piensas que no olvida
 luego un hombre á una muger?
 porque pensando en volver
 va entreteniendo la vida.

Ha de haber resolcion
 dentro del entendimiento,
 con que cesa el movimiento
 de aquella imaginacion.
 No has visto faltar la cuerda
 de un reloj, y estarse quedas
 sin movimiento las ruedas?
 pues de esa suerte se acuerda
 el que tiene las potencias,
 quando la esperanza falta.

Teo. Y la memoria no falta
 luego á hacer mil diligencias
 despertando el sentimiento
 á que del bien no se prive?

Tris. Es enemigo que vive
 asido al entendimiento,
 como dixo la cancion
 de aquel español poeta,
 mas por eso es linda meta
 vencer la imaginacion.

Teo. Cómo. *Tris.* Pensando defectos
 y no gracias, que olvidando
 defectos están pensando,
 que no gracias, los discretos
 No la imagines vestida
 con tan linda proporcion,
 de cintura, en el balcon,
 toda es una arquitectura
 porque dixo un sabio un dia,

que á los sastres se debía
la mitad de la hermosura.
Como se ha de imaginar
una muger semejante,
es como un disciplinante
que le llevan á curar.

Esto sí, que no adornada
del costoso faldellin,
pensar defectos en fin
es medicina probada.

Si de acordarte que vias
alguna vez una cosa
que te pareció asquerosa,
no comes en treinta días,
acordándote, señor,
de los defectos que tiene,
si á la memoria te viene,
se te quitará el amor.

Teo. Qué grosero Cirujano!
qué rústica curación!
los remedios al fin son
como de tu tosca mano.
Médico impirico eres,
no has estudiado, Tristan,
y no imagino que estan
desa suerte las mugeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio transparentes.

Tris. Vidrio sí, muy bien lo sientes,
si á verlas quebrar caminas;
mas sino piensas pensar
defectos, pensarte puedo,
porque va perdido el miedo
de que podrís olvidar:
por diez, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
á una alforxa de mentiras,
años cinco, veces diez.
Y entre otros dos mil defectos;
cierta barriga tenia
que encerrar dentro podia,
sin otros mil parapetos,
quantos legajos de pliegos
algun escritorio apoya:
pues como el caballo en Troya,
pudiera meter los Griegos.
No has oido que tenia
cierto lugar un nogal,

que en el tronco un oficial
con muger, y hijos habia,
y aun no era la casa escasa?
pues desa misma manera
en esa panza cupiera
un texedor, y su casa.
Y queriéndola olvidar,
que debió de convenirme,
dió la memoria en decirme,
que pensase en blanco azar,
en azucena y jazmin,
en marfil, en plata, en nieve,
y en la cortina que debe
de llamarse el faldellin.
Conque yo me deshacia,
mas tomé mal cuerdo acuerdo,
y dí en pensar como cuerdo,
lo que mal les parecia:
cestos de calabazones,
baules viejos, maletas
de cartas para estafetas,
almofrejes y xergones:
con que se trocó en desden
el amor y la esperanza,
y olvidé la dicha panza,
por siempre jamás amen:
que era tal que en los dobleces,
y no es mucho encarecer,
se pudieran esconder
quatro manos de almireces.

Teo. En las gracias de M recla
no hay defectos que pensar,
yo no la pienso olvidar.

Tris. Pues á tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

Teo. Todo es gracias: qué he de hacer?

Tris. Pensarlas, hasta perder
la gracia de la Condesa.

Sale la Condesa.

Dia. Teodoro? *Teo.* La misma es.

Dia. Escucha. *Teo.* A tu hechura manda.

Tris. Si en averiguando anda,
de casa volamos tres.

Dia. Háne dicho cierta amiga
que desconfia de sí,
que el papel que traygo aquí
le escriba; á hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,

Teodoro , cosas de amor ,
y que le escribas mejor
vengo á decirte , Teodoro.
Tomale , y lee. *Teo.* Si aquí,
señora , has puesto la mano,
igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.
Sin verle , pedirte quiero,
que á esa señora le envíes.

Dia. Lee , lee. *Teo.* Que desconfíes
me espanto : aprender espero
estilo que yo no sé,
que jamás traté de amor.

Dia. Jamás , jamás? *Teo.* Con temor
de mis defectos no amé,
que fuí muy desconfiado.

Dia. Y se puede conocer
de que no te dexas ver,
pues que te vas rebozado.

Teo. Yo , señora? cuándo ó cómo?

Dia. Dixerónme que salió
anoche acaso , y te vió
rebozado el mayordomo.

Teo. Andaríamos burlando
Fabio y yo , como solemos;
que mil burlas nos hacemos.

Dia. Lee , lee. *Teo.* Estoy pensando,
que tengo algun envidioso.

Dia. Zelosa podría ser:
lee , lee. *Teo.* Quiero ver
ese ingenio milagroso.

Lee. Amar por ver amar , envidia ha sido,
y primero que amar estar zelosa,
es invencion de amor maravillosa,
y que por imposible se ha tenido.
De los zelos mi amor ha procedido
por pesarme , que siendo mas hermosa
no fuese en ser amada tan dichosa,
que hubiese lo que envidia merecido.

Estoy sin ocasion desconfiada,
zelosa sin amor , aunque sintiendo,
debe de amar , pues quiero ser amada.

Ni me dexo forzar , ni me defiendo,
darme quiero á entender sin decir nada:
entiéndame quien puede , yo me entien-

Dia. Qué dices? *Teo.* Que si esto es (do.
á propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;

mas confieso que no entiendo
como puede ser que amor
venga á nacer de los zelos,
pues muere regularmente.

Dia. Porque esta dama sospecho
que se agradaba de ver
ese galan sin deseo,
y viendole ya empleado
en otro amor , con los zelos,
vino á amar y á desear:
puede ser? *Teo.* Yo lo concedo:
mas ya esos zelos , señora,
de algun principio nacieron.
Y ese fué amor , que la causa
no nace de los efectos,
sino los efectos della.

Dia. Ne sé , Teodoro ; esto siento
desa dama , pues me dixo
que nunca á tal caballero
tuvo mas que inclinacion,
y en viendole amor , salieron
al camino de su honor
mil sañeadores deseos,
que le han desnudado el alma
del honesto pensamiento,
con que pensaba vivir.

Teo. Muy lindo papel has hecho:
yo no me atrevo á igualarle.

Dia. Entra y prueba. *Teo.* No me atrevo.

Dia. Haz eso por vida mia.

Teo. Vueseñoría con esto
quiere probar mi ignorancia.

Dia. Aquí aguardo , vuélvete luego.

Teo. Yo soy. *Dia.* Escucha , Tristán.

Tris. A ver lo que n andas vuelvo,
con vergueza destas calzas,
que el secretario mi dueño
anda salido estos dias;
y hace mal un caballero,
sabiendo que su lacayo
le va sirviendo de espejo,
de lucero , y de cortina,
en no traerle bien puesto:
escalera del señor,
si va á caballo , un discreto
nos llamó , pues á su cara
se sube por nuestros cuerpos
no debe de poder mas

Dia. Juega? *Tris.* Pluguiera á los cielos, que á quien juega, nunca falta desto, ó de aquello dineros: antiguamente los Reyes algun oficio aprendieron, por si en la guerra, ó la mar perdian su patria y reyno saber con que sustentarse; dichosos les que pequeños aprendieron á jugar; pues en faltando es el juego un arte noble que gana con poca pena el sustento. Verás un grande pintor acrisolado el ingenio hacer una imagen viva, y decir el otro necio, que no vale diez escudos; y que el que juega en diciendo paro, con salir la suerte, le sale al ciento por ciento.

Dia. En fin no juega? *Tris.* Es cuitado.

Dia. A la cuenta será cierto tener amores. *Tris.* Amores? oh qué donaire! es un hielo.

Dia. Pues un hombre de su talle, galan, discreto y mancebo, no tiene algunos amores, de honesto entretenimiento?

Tris. Yo trato en paja y cebada, no en papeles, ni en requiebros; de día te sirve aquí, que está ocupado sospecho.

Dia. Pues nunca sale de noche?

Tris. No le acompaño, que tengo una cadera quebrada.

Dia. De qué, Tristan? *Tris.* Biente puedo responder lo que responden las mal casadas, en viendo cardenales en su cara del mœxicon de los zelos; rodé por las escaleras.

Dia. Rodaste? *Tris.* Por largo trecho, con las costillas conté los pasos. *Dia.* Forzoso es eso, si á lámpara, Tristan, le tirabas el sombrero.

Tris. O de puto, vive Dios,

que se sabe todo el evento, *Dia.* No respondes? *Tris.* Por pensar quando... pero ya me acuerdo; anoche andaban en casa unos murciégalos negros; el sombrero los tiraba, fuese á la luz uno dellós, y acerté por dar en él en la lámpara, y tan presto por la escalera rodé, que los dos pies se me fuere.

Dia. Todo está muy bien pensado, pero un libro de secretos que es buena la sangre para quitar el cabello, de esos murciégalos digo, y haré yo sacarla luego, si es cabello la ocasion, para quitarla con ellos.

Tris. Vive Dios que hay chamusquina, y que por murciégalo me pone en una galera.

Dia. Qué traigo de pensamientos!

Sale Teo. Ya lo que mandaste hice,

Dia. Escribiste? *Teo.* Ya lo he hecho, aunque bien desconfiado.

Dia. Muestra. *Teo.* Lee. *Dia.* Dice esto.
Lee Diana. (ra,

Dia. Querer por ver querer, envidia fue si quien la vió sin ver amar, no amara, porque si antes de amar, no amar pensara, despues no amara, puesto que amar vie Amor que lo que agrada considera (ra. en ageno poder, su amor declara, que como la color sale á la cara, sale á la lengua lo que el alma altera.

No digo mas, porque lo mas ofendo desde lo ménos, si es que desmerezco, porque del ser dichoso me desiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco, que lo que no merezco, no lo entiendo, por no dar á entender lo que merezco.

Dia. Muy bien guardaste el decoro.

Teo. Burlaste? *Dia.* Pluguiera á Dios.

Teo. Qué dices? *Dia.* Que de los dos el tuyo vence, Teodoro.

Teo. Pésame, pues no es pequeño principio de aborrecer.

un criado, el entender
que sabe mas que su dueño.
De cierto Rey se contó,
que le dixo á un gran privado,
un papel me da cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero:
como vió que el Rey decia,
que era su papel mejor,
fuese, y díxole al mayor
hijo de tres que tenia:
vámonos del reyno luego,
que en gran peligro estoy yo:
el mozo le preguntó
la causa, turbado, y ciego:
y respondióle: ha sabido
el Rey, que yo sé mas que él:
que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

Dia. No, Teodoro, que aunque digo
que es el tuyo mas discreto,
es porque sigue el concepto
de la materia que sigo;
y no para que presume
tu pluma que si me agrada,
pierdo el estar confiada,
de los puntos de mi pluma.
Fuera de que soy muger,
á qualquiera error sujeta:
y no sé si muy discreta,
como se echará de ver.
Desde lo ménos aquí,
dices que ofendes lo mas,
y amando, engañado estás,
porque en amor no es así.
Que no ofende un desigual
amado, pues solo entiendo,
que le ofende aborreciendo.

Teo. Esa es razen natural.
Mas pintaren á Factonte,
y á Icaro despeñados,
uno en caballos dorados,
precipitado en un monte;
y otro con alas de cera
del retiro en el crisol
del sol. *Dia.* No lo hiciera el Sol,
si como es sol, muger fuera.

Si alguna cosa sirviores
alta, sirbela, y confia,
que amor no es mas que perfia,
no son piedras las mugeres.
Yo me llevo este papel,
que despacio me conviene
verle. *Teo.* Mil errores tiene.

Dia. No hay error niaguno en él.

Teo. Honras mi deseo, aquí
traigo el tuyo. *Dia.* Pues allá
le guarda, aunque bien será
rasgarle. *Teo.* Rasgarlo? *Dia.* Sí,
que importa que se pierda,
si se puede perder mas.

Vase.

Teo. Fuese, quién pensó jamás
de muger tan noble y cuerda
esto? arrojarle tan presto
á dar su amor á entender?
pero tambien puede ser
que yo me engañase en esto.
Mas no me ha dicho jamás,
ni á lo ménos se me acuerda,
pues que importa que se pierda,
si se puede perder mas.
Perder mas, bien puede ser,
por la muger que decia,
mas todo, es bachillería,
y ella la misma muger.
Aunque no, que la Condesa
es tan discreta, y tan varia,
que es la cosa mas contraria
de la ambicion que profesa.
Sirvenla Príncipes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo, tengo miedo,
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que á Marcela
sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño y me ha burlado;
pero en vano se recela
mi temor, porque jamás
burlando salen colores,
y al decir con mil temores,
que se puede perder mas...
qué rosa al llorar la Aurora
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos

con risa á ver como llora,
 como ella los puso en mí,
 bañada en púrpura y grana?
 ó qué pálida manzana,
 se e mal ó de carmesí!
 Lo que veo y lo que escucho,
 ya lo juzgo, ó estoy loco,
 para de verdades poco,
 y para de burlas mucho:
 mas teneos pensamiento,
 que os vais ya tras la grandeza;
 aunque si digo belleza,
 bien sabeis vos que no miento:
 que es belísima Diana,
 y es discreta sin igual.

Sale Mar. Puedo hablarte? *Teo.* Ocasión tal
 mil imposibles allana:
 que por tí, Marcela mía,
 la muerte me es agradable.

Mar. Como yo te vea, y hable,
 dos mil vidas perderia:
 estuve esperando el día,
 como el paxarillo solo,
 y quando ví que en el Polo,
 que Apolo mas presto dora,
 le despertaba la aurora,
 dixé yo veré mi Apolo:
 grandes cosas han pasado,
 que no se quiso acesar
 la Condesa, hasta dexar
 satisfecho su cuidado:
 amigas, que han envidiado
 mi dicha con deslealtad,
 le han contado la verdad
 que entre quien sirve, aunque veas
 que hay amistad, no lo creas,
 porque es fingida amistad.
 Todo lo sabe en secreto,
 que si es Diana la Luna,
 siempre quien ama importuna;
 salió y vió nuestro secreto.
 Pero será te prometo
 para mayor bien Teodoro,
 que del honesto decoro
 con que iratas de casarte,
 le dí parte, y dixé aparte,
 quan tiernamente te adoro,
 tus prendas le encarecí,

tu estilo, tu gentileza;
 y ella entonces su grandeza
 mostró tan patosa en mí,
 que se alegra de que en tí
 hubiese los ojos puesto,
 y de casarnos muy presto
 palabra tamb en me d'ó,
 luego que de mí entendió
 que era tu amor tan honesto.
 Yo pensé que se enojara
 y la casa revolviera,
 que á los dos nos despidiera,
 y á los demas castigara;
 mas su sangre ilustre y clara,
 y aquel ingenio en efecto
 tan prudente y tan perfecto,
 conoció lo que mereces.
 Oh bien haya, amen mil veces,
 quien sirve á señor discreto!

Teo. Que casarme prometió
 contigo? *Mar.* Pues pones duda
 que á su ilustre sangre acuda?

Teo. Mi ignorancia me engañó,
 qué necio pensaba yo,
 que hablaba en mí la Condesa!
 de haber pensado me pesa,
 que pudo tenerme amor,
 que nunca tan alto azor
 se humilla á tan baxa presa.

Mar. Qué murmuras entre tí?
Teo. Marcela, conmigo habló;
 pero no se declaró
 en darme á entender que fuí
 el que embozado salí
 anoche de su aposento.

Mar. Fué discreto pensamiento,
 por no obligarse al castigo,
 de saber qué hablé contigo,
 sino lo es el casamiento;
 que el castigo mas piadoso
 de dos que se quieren bien,
 es casarlos. *Teo.* Dice: bien,
 y el remedio mas honroso.

Mar. Querras tú. *Teo.* Seré dichoso,

Mar. Confírmalo. *Teo.* Con los brazos,
 que son los rasgos y lazos
 de la pluma del amor,
 pues no hay rúbrica mejor,

que la que firman los brazos.

Sale la Condesa.

Dia. Esto se ha enmendado bien
ahora estoy muy contenta,
que siempre á quien reprehende
da gran gusto ver la enmienda;
no os turbeis, ni os altereis.

Teo. Dixe, Señora, á Marcela,
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena,
de que vuestra señoría
imaginase en su ofensa
este pensamiento honesto,
para casarme con ella,
que me he pensado morir:
y dándome por respuesta,
que mostrabas en casarnos
to piedad y tu grandeza,
dile mis brazos y advierte,
que si mentirte quisiera,
no me faltara un engaño:
pero no hay cosa que venza,
como decir la verdad
á una persona discreta.

Dia. Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera,
de haber perdido el respeto
á mi casa; y la nobleza
que usé anoche con los dos,
no es justo que parte sea
á que os atrevais así,
que en llegando á desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que el castigo le defienda.
Mientras no os casais los dos,
mejor estará Marcela
cerrada en un aposento,
que no quiero yo que os vean
juntos las demas criadas,
y que por exemplo os tengan
para casarse todas.
Dorotea, ah Dorotea.

Sale Dorotea.

Dor. Señora. *Dia.* Toma esta llave,
y en mi propia quadra encierra
á Marcela, que estos dias
podrá hacer labor en ella:
No direis que esto es enojo.

Dor. Qué es esto, Marcela? *Mis.* Fuera
de un poderoso tirano,
y una rigurosa estrella:
encierrame por Teodoro.

Dor. Cárcel aquí, no la temas,
y para puertas de zelos,
tiene amor llave maestra.

*Vanse las dos: quédanse la Condesa y
Teodoro.*

Dia. Ea fin, Teodoro, tú quieres
casarte? *Teo.* Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y creeme, que mi ofensa
no es tanta como te has dicho,
que bien sabes que con lengua
de escorpien pintan la envidia;
y que si Oridio supiera
que era servir, en los campos,
no en las montañas desiertas
pintara su oscura casa,
que aquí habita, y aquí reyna.

Dia. Luego no es verdad que quieres
á Marcela. *Teo.* Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.

Dia. Pues me dicen que por ella
pierdes el seso. *Teo.* Es tan poco,
que no es mucho que le pierda:
mas crea vueseñoría,
que aunque Marcela la merezca
esas finezas, en mí
no ha habido tales finezas.

Dia. Pues no le has dicho requiebros
tales, que engañar pudieran
á muger de mas valor.

Teo. Las palabras poco cuestan.

Dia. Que le has dicho por mi vida?
cómo, Teodoro, requiebran
los hombres á las mugeres?

Teo. Como quien ama y quien ruega,
vistiendo de mil mentiras
una verdad, y esa apenas.

Dia. Sí, pero con las palabras?

Teo. Extrañamente me aprieta
vueseñoría. Esos ojos,
le dixen, esas niñas bellas,
son luz con que ven los mios,
y los corales y perlas
de esa boca celestial.

Dia. Celestial? *Teo.* Cosas como estas son la cartilla, señora, de quien ama y quien desea.

Dia. Mal gusto nebes, Teodoro, no te espantes de que pierdas hoy el cédulo conmigo, porque sé yo que en Marcela hay mas defectos, que gracias, como la mío mas cerca, sin esto, porque no es limpia, no tenga pocas pependencias con ella, pero no quiero descanamorate della, que bien pudiera decirte cosa, pero aquí se quedan sus gracias y sus desgracias, que yo quiero que la quieras, y que os caseis en buena hora; mas pues de amador te precias, dame consejo, Teodoro, así á Marcela poseas, para aquella amiga mía, que ha dias que no sosiega de amores un hombre humilde, porque si en quererle piensa, ofende su autoridad, y si de quererle dexa, pierde el juicio de zelos, que el hombre que no sospecha tanto amor, anda cobarde, aunque es discreto con ella.

Teo. Yo, señora, sé de amor? no sé por Dios como pueda aconsejarte. *Dia.* No quieres como dices á Marcela? no le has dicho esos requiebros? tuvieran lengua las piedras, que ellas dixeran. *Teo.* No hay cosa que decir las piedras puedan.

Dia. Ea que ya te sonrojás y lo que niega la lengua, confiesas con los colores.

Teo. Si ella te lo ha dicho, es necia: una mano la tomé, y no me quedé con ella, que luego se la volví, no sé yo de que se queixa.

Dia. Sí; pero hay manos que son

como la paz de la Iglesia, que siempre vuelven besadas.

Teo. Es necisima Marcela, es verdad que me atreví, pero con mucha verguenza, á que templase la boca con nieve, y con azucenas.

Dia. Con azucenas y nieve? huelgo de saber que templa ese emplasto el corazon: ahora bien, qué me aconsejas?

Teo. Que si esta dama que dices hombre tan baxo desea, y de quererle resulta á un honor tanta baxeza, haga que con un enguño, sin que la conozca, pueda gozarle. *Dia.* Queda el peligro de presumir que lo entienda: no será mejor matarle?

Teo. De Marco Aurelio se cuenta que dió á su muger Faustina para quitarle la pena sangre de un esgrimidor, pero esas Romanas pruebas son buenas entre gentiles.

Dia. Bien dices que no hay Lucrecias, ni Torcatos, ni Virgilos en esta edad, y en aquella hubo Faustinas, Teodoro, Mesalinas y Pepeas; escíbeme algun papel que á este propósito sea y queda con Dios; ay Dios! cá: qué me miras? llega, dame la mano. *Teo.* El respeto me detuvo de ofrecerla.

Dia. Qué graciosa grossria! que con la capa la ofrezcas!

Teo. Así quando vas á Misa te la da Octavio. *Dia.* Es aquella mano que yo no la pido, y debe de haber setenta años que fué mano, y viene amortajada por muerta: agtardar quien ha caido á que se vista de seda, es como ponerse un jaco

quien vé al amigo en pendencia,
quien mientras baxa le han muerto;
demás, que no es bien que tenga
nada por mas cortesia,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano si es honrada,
trayga la carl cubierta.

Teo. Quiero esumir la merced
que me has hecho. *Dia.* Quando seas
escudero la darás
en el ferruacio envuelta,
que agora eres secretario,
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caida;
si levantarte deseas. *vase.*

Teo. Puedo creer que aquesto es verdad?
puedo,
si miro que es muger Diana hermosa,
pidió mi mano; y la color de rosa
al darsela robó del rostro el miedo.
Tembló, yo lo sentí, dudoso quedo,
que haré? seguir mi suerte venturosa,
si bien por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.

Mas dexar á Marcela, es caso injusto,
que las mugeres no es r zon que esperen
de nuestra obligacion tanto disgusto.

Pero si ellas nos dexan quando quieren
por qualquiera interes ó nuevo gusto, (ren.
mueran tambien como los hombres muer-

JORNADA SEGUNDA.

Sale Teodoro.

Teo. Nuevo pensamiento mio,
desvanecido en el viento,
que con ser mi pensamiento
de veres volar me rio,
parad, detened el brio,
que os detengo, y os provocho,
porque si el intento es loco,
de los dos lo mismo escucho,
aunque donde el premio es mucho,
el atrevimiento es poco;
y si por disculpa dais
que es infinito el que espero,
averiguemos primero,
pensamiento, en qué os fundais?

vos á quien servis amais?
Direis que ocasion teneis,
si á vuestros ojos creéis
pues, pensamiento, decildes
que sobre pajas humildes
torre de diamante haceis:
si no me sucede bien
quiero culparos a vos,
mas enéndola los dos,
no es justo que culpa os den,
que podreis decir tambien
quando del alma os levanto
y de la altura me espanto
donde el amor os subió,
que el estar tan baxo yo
os hace á vos subir tanto.

Quando algun hombre ofendido
al que le ofende defiende,
que dó la ocasion se entiende,
del daño que os ha venido:
sed en buen hora atrevido,
que aunque los dos nos perdamos,
esta disculpa llevamos,
que vos os perdeis por mi,
y que yo tras vos me fai
sin saber adonde vamos.
Id en buen hora, aunque os den
mil muertes por atrevido,
que no os llama perdido
el que se pierde tan bien:
como otros dan parabien
de lo que hallan, estoy tal,
que de perdicion igual
os le doy, porque es perderse
tan bien que puede tenerse
envidia del mismo mal.

Sale Tris. Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,
que contigo se consuela
de tus pasadas pasiones,
bien te le daré sin porte,
porque quien no ha menester
nadie le procura ver
á la usanza de la Corte,
quando está en alto lugar
un hombre, y qué bien lo imitas!
que le vienen de visitas
á molestar y enfadar;



4

pero si muda de estado,
como es la fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuese apertado.

Parecete que lavemos
en vinagre este papel?

Teo. Contigo, necio, y con él
entran las cosas tenemos,
muestra que vendrá lavado,
si en tus manos ha venido.

Lee. A Teodoro mi marido:
marido? qué necio enfado!
qué necia cosa! *Tris.* Es muy necia.

Teo. Preguntale á mi ventura
si subida á tanta altura
esas mariposas precia.

Tris. Leele, por vida mia,
aunque ya estés tan divino,
que no se desprecia el vino
de los mosquitos que cria;
que sé yo quando Marcela,
que llamas ya mariposa,
era aguila caudalosa.

Teo. El pensamiento que vuela
á los mismos cerros de oro
del sol tan baja la mira,
que aun de que la ve se admira.

Tris. Hablas con justo decoro:
mas qué haremos del papel?

Teo. Esto. *Tris.* Rasgástele? *Teo.* Si.

Lris. Por qué señor? *Teo.* Porque así
respondí mas presto á él.

Tris. E e es injusto rigor.

Teo. Ya soy otro, no te espantes.

Trist. Basta que sois los amantes
Boticarios del amor,
que como ellos las recetas
vais ensarrando papeles,
recibe zelos crueles,
agua de azules violetas.
Recipe un desden extraño
sirupi del borrajorum,
con que la sangre templorum
para asegurarse el daño.
Recipe ausencia, tomad
un emplastro para el pecho,
que os hiciera mas provecho
estaros en la Ciudad.

Recipe de matrimonio
alli es menester xaraves,
y tras diez dias suaves
purgalle con antimonio.
Recipe signus celeste,
que capricornius d'ceatur,
ese enfermo morietur,
sino es que paciencia preste.

Recipe de alguna tienda
joya, ó vestido sacabis,
con tabletas confortabis
la bolsa que tal emprenda.
A esta traza finalmente
van todo el año ensarrando;
llega la paga, en pagando,
ó viva ó muera el doliente.
Se rasga todo papel,
tú la cuenta has acabado,
y el de Marcela has rasgado
sin saber lo que hay en él.

Teo. Ya tú debes de venir
con el vino que otras veces.

Tris. Pienso que te desvaneces
con lo que intentas subir.

Teo. Tristan, quantos han nacido
su ventura han de tener,
no saberla conocer
es el no haberla tenido,
ó morir en la porfia,
ó ser Conde de Belflor.

Tris. Cesar llamaron, señor,
á aquel Duque que traia
escrito por gran blason:
Cesar ó nada; y en fin
tuvo tan contrario el fin,
que al fin de su preteron,
escribió una pluma airada:
Cesar ó nada dixiste,
y todo Cesar lo fuiste,
pues fuiste Cesar y nada.

Teo. Pues tomo Tristan la empresa,
y haga despues la fortuna
lo que quisiere.

Salen Marcela, y Dorotea.
Dor. Si á alguna
de tus desdichas le pesa,
de todas las que servimos
á la Condesa, soy yo.

Mar. En la prisión que me dió tan justa amistad hicimos, y yo me siento obligada de suerte, mi Dorotea, que no habrá amiga que sea mas de Marcela estimada: Anarda piensa que yo no se como quiere a Fabio, pues della nació mi agravio, que a la Condesa contó los amores de Teodoro.

Dor. Teodoro está aquí. *Mar.* Mi bien.

Teo. Marcela el paso deten.

Mar. Cómo mi bien, si te adoro, quando á mis ojos te ofrezco?

Teo. Mira lo que haces, y dices, que en palacio los tapices han hablado algunas veces. De qué piensas que nació hacer figuras en ellos? de avisar de que tras dellos siempre algun vivo escuchó. Si un mudo viendo matar á un Rey, su padre, dió voces, figuras que no conoces pintadas sabrán hablar.

Mar. Has leído mi papel,

Teo. Sin leerle le he rasgado, que estoy tan escarmentado, que rasqué mi amor con él.

Mar. Son los pedazos aquestos?

Teo. Sí, Marcela. *Mar.* Y mi amor has rasgado? *Teo.* No es mejor que vernos por puntos puestos en peligro tan extraños: si tú de mi intento estás, no tratemos desto mas, para escusar rantos días,

Mar. Qué dices? *Teo.* Que estoy dispuesto á no darle mas enojos á la Condesa. *Mar.* En los ojos tuve muchas veces puesto el temor desta verdad.

Teo. Marcela, queda con Dios: aquí acaba de los dos el amor, no la amistad.

Dor. Tú dices eso, Teodoro, á Marcela? *Teo.* Yo lo digo,

que soy de quietud amigo, y de guardar el decoro á la casa que me ha dado el ser que tengo. *Mar.* Oye, advierte.

Teo. Dexame. *Mar.* De aquesta suerte me trata? *Teo.* Qué necio enfado! Vase, y salen la Condesa y Anarda.

Dia. Esta ha sido la ocasion, no me reprehendas mas.

An. La disculpa que me das me ha puesto en mas confusion: Marcela está aquí, señora, hablando con Dorotea.

Dia. Pues non hay disgusto que sea para mí mayor agora; salte allá fuera, Marcela.

Mar. Vamos, Dorotea, de aquí.

Do. Bien digo yo que de tí, ó se enfada, ó se recela.

Vanse Marcela y Dorotea.

An. Puedo hablarte? *Dia.* Ya bien pueden.

An. Los dos que de aquí se van (des. ciegos de tu amor están, tú en desdeñarlos excedes la condicion de Anaxarte, la castidad de Lucrecia, y quien á tanto desprecia...

Dia. Ya me canso de escucharte.

An. Con quien te piensas casar? no puede el Marqués Ricardo por generoso y gallardo sino exceder, igualar al mas poderoso y rico? y la mas noble muger, tambien no lo puede ser de tu primo Federico? por qué los has de pedido con tan extraño desprecio?

Dia. Porque uno es loco, otro necio, y tu en no haberme entendido, mas, Anarda, que los dos; no los quiero, porque quiero, y quiero, porque no espero remedio. *An.* Valgame Dios! tú quieres? *Dia.* No soy muger?

An. Sí, pero imagen de velo, donde el mismo sol del cielo podrá tocar, y no arder.

Dia. Pues esos yeios, Anarda,
 cñeron todos á los pies
 de un hombre humilde. *An.* Quién es?

Dia. La verguenza me acobarda,
 que de mi propio valer
 tengo: no diré su nombre,
 basta que sepas que es hombre
 que puede infamar mi honor.

An. Si Pasife quiso un toro,
 Semiramis un caballo,
 y otras los monstruos que calló,
 por no infamar su decoro:
 qué ofensa te puede hacer
 que ser hombre, sea quica fuere?

Dia. Quien quiere, puede si quiere,
 como quiso, aborrecer.
 Esto es lo mejor, yo quiero
 no querer. *An.* Podrás? *Dia.* Podré,
 que si quando quise amé,
 no amar en queriendo espero:

Toquen dentro.

quién canta? *An.* Fabio con Clara.

Dia. Ojalá que me diviertan.

An. Música y amor conciertan
 bien en la cancion repara.

Cantan dentro.

O quién pudiera hacer ó quien hiciese,
 que en no queriendo amar aborreciese!
 ó quién pudiera hacer, ó quién hiciera
 que en no queriendo amar aborreciera.

An. Qué te dice la cancion?
 no ves que te contradice?

Dia. Bien entiendo lo que dice,
 mas yo sé mi condicion;
 y sé que estará en mi mano,
 como amar á aborrecer,

An. Quien tiene tanto poder,
 pasa de límite humano.

Salz Teo. Fabio me ha dicho, señora,
 que te mandaste buscarte.

Dia. Horas ha que te deseo.

Teo. Pues ya vengo á qué me mandes,
 y perdona si he faltado.

Dia. Ya has visto estos dos amantes:
 esos dos mas pretendientes

Teo. Si señora, *Di.* Buenos talles

tienen los dos. *Teo.* Y muy buenos.

Dia. No quiero determinarme

sin tu consejo, con cuál
 te parece que me caso?

Teo. Pues qué consejo, señora,
 puedo yo en las cosas darte,
 que consisten en tu gasto?
 qualquiera que quieras darme
 por dueño será mejor.

Dia. Mal pagas el estimarte
 por consejero, Teodoro,
 en caso tan importante.

Teo. Señora, en casa no hay viejos,
 que entiendan de cases tales?
 Octavio, tu mayordome,
 con experiencia lo sabe,
 fuera de su larga edad.

Dia. Quiero yo que á tí te agrade
 el dueño que has de tener:
 tiene el Marqués mejor talle
 que mi primo? *Teo.* Si señora.

Dia. Pues elijo al Marques: parte,
 y pídele las albricias.

Vase la Condesa.

Teo. Ay desdicha semejante?
 ay resolucion tan breve?

ay mudanza tan notable?

estes eran los intentos
 que tuve? O sol! abrasadme
 las alas con que subí,
 pues vuestro rayo deshace
 las mas atrevidas plumas
 á la belleza de un Angel.

Cayó Diana en su error,
 ó qué mal hiee en fiarme
 de una palabra amorosa!
 ay, como entre desiguales
 mal se concierta el amor!
 pero es mucho que me engañen
 aquellos ojos á mí,

si pudieran ser bastantes
 á hacer engaños á Ulises?
 De nadie pueda quejarme,
 sino de mí; pero en fin,
 qué pierdo quando me faltó?

Haré cuenta que he tenido
 algun accidente grave,
 y que mientras me duró,
 imaginé disparates.

Salz Tris. Turbado á buscarte vengo.

es verdad lo que me han dicho?

Teo. Ay Tristan, verdad será,
si son desengaños míos.

Tris. Ya, Teodoro, en las dos sillas
los dos batanes he visto
que molieron á Diana;
pero que hubiese elegido,
hasta agora no lo sé.

Teo. Pues, Tristan, agora vino
ese tornasol mudable,
esa vileta, es vidrio,
ese río junto al mar,
que vuelve atras, aunque es río,
esa Diana, esa Luna,
esa muger, ese hechizo,
ese monstruo de mudanzas,
que solo perderme quiso
por afrontar sus victorias,
y que dixese me dixo,
qual de los dos me agradaba;
porque sin consejo mio
no se pensaba casar:
quedé inserte, y tan perdido,
que no responder locuras
fué de mi locura indicio:
dixome, en fin, que el Marques
le agradaba, y que yo mismo
fuése á pedir las albricias.

Tris. Ella en sí tiene marido?

Teo. El Marques Ricardo. *Tris.* Piense
que ha no verte sin juicio,
es porque dar aflicción
no es justo á los afligidos,
que agora te diera vaya
de aquel pensamiento altivo
con que á ser Conde aspirabas.

Teo. Sí aspiré, Tristan y aspiro.

Tris. La culpa tienes de todo.

Teo. Na lo niego, que yo he sido
facil en creer los ojos
de una muger. *Tris.* yo te digo,
que no hay varos de veneno
á les mortales sentidos,
Teodoro, como los ojos
de una muger. *Teo.* De corrido
te juro, Tristan, que apenas
puedo levantar los míos.
Eso pasó, y el remedio

es sepultura en elvido
del suceso, y el amor.

Tris. Qué arrepentido y constricto
has de volver á Marcela!

Teo. Presto serémos amigos.

Sale Marcela.

Teo. Marcela. *Mar.* Quien es? *Teo.* Yo soy:
asi te olvidas de mí?

Mar. Y tan olvidada estoy,
que á no imaginar en tí
fuera de mí misma voy,
porque si en mí misma fuera
te imaginaria y te viera,
que para no imaginarte
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.
Cómo me esaste nombrar?
cómo cape en esa boca
mi nombre? *Teo.* Quise probar
tu firmeza, y es tan peca,
que no me ha dado lugar.
Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto,
que mi amor sustituyó.

Mar. Nunca, Teodoro, el discreto
muger ni vidrio probó,
mas no me des á entender
qué praeba quisiste hacer:
yo te conozco, Teodoro,
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.
Cómo te va? no te salen
como tú te lo imaginas?
no te cuestan lo que valen?
no hay dichas, que las divinas
partes de tu dueño igualen?
qué ha sucedido? que tienes?
turbado, Teodoro, vienes:
mudóse aquel vendabal?
vuelves á buscar tu igual,
ó te barlas y entretienes?
Confieso que me holgaria
que diesses á mi esperanza,
Teodoro, un alegre dia.

Teo. Si le quieres con venganza,
qué mayor, Marcela mia?
pero mira que el amor
es hijo de la nobleza,

no muestres tanto rigor,
que es la venganza baxeza,
indigna del vencedor;
venciste, yo vuelvo á tí,
Marcela, que no salí
con aquel mi pensamiento,
perdona el atrevimiento:
si ha quedado amor en tí,
no porque no puede ser
proseguir las esperanzas
con que te puedo ofender,
mas porque es estas mudanzas
memorias me hacen volver:
sean, pues, estas memorias
parte á despertar la tuya,
pues confieso tus victorias.

Mar. No quiera Dios que destruya
los principios de tus glorias.
Sirve; bien haces, portia,
no te rindas, que te dirá
tu dueño que es ceberdía,
sigue tu dicha, que ya
voy prosiguiendo la mía.
No es agravio amar á Fabio,
pues me dexaste, Teodoro,
sino el remedio mas sabio,
que aunque el dueño no me joro,
basta vengar el agravio;
y quédate á Dios, que ya
me cansa el hablar contigo,
no venga Fabio que está
medio exsado conmigo.

Teo. Tenla, Tristan, que se va.

Tris. Señera, señera, advierte,
que no es volver á quererte
dexar de haberte querido,
disculpa el buscarte ha sido,
si ha sido culpa ofenderte.

Oyeme, Marcela, á mí.

Mar. Qué quieres, Tristan? *Tris.* Espera.
Salen la Condesa, y Anarda.

Dia. Teodoro y Marcela aquí.

An. Parece que el ver te altera
que estos se h bles así.

Dia. Toma, Anarda, esta antepuerta,
y cub ámonos las dos;
amar con zelos despierta.

Mar. Dexame, Tristan, por Dios.

An. Tristan á los dos concierta
que deben estar reunidos.

Dia. El alchuate lacayo
me ha quitado los sentidos.

Tris. No pasó mas presto el rayo,
que por tus ojos y oidos
pasó la necia belleza
de esta muger que le adora:
ya desprecia su riqueza,
que mas riqueza atetora
tu gallarda gentileza.

Haz cuenta que fué cometa
aquel amor, ven acá

Teodoro. *Dia.* Brava estafeta
es el lacayo. *Teo.* Si ya,
Marcela á Fabio sujeta,
dice que le tiene amor,
por qué me llamas Tristan?

Tris. Otro enojado. *Teo.* Mejor
les dos casarse podían.

Tris. Tú tambien? bravo rigor!
ca, acaba, llega pues,
dame esa mano, y despues
que se hagan las amistades.

Teo. Necio, tú me persuades?

Tris. Por mí quiere que le des
la mano otra vez, señora.

Teo. Quándo he dicho yo á Marcela
que he tenido á nadie amor?
y ella me ha dicho... *Tris.* Es cautela
para vengar tu rigor.

Mar. No es cautela, que es verdad.

Tris. Calla bobá; ea llegad.

Qué necios estais los dos!

Teo. Yo rogaba, mas por Dios
que no he de hacer amistad.

Mar. Pues á mí me pase un rayo.

Tris. No jures. *Mar.* Aunque le nuestro
enojo, ya me desmaye.

Tris. Pues tente firme? *Dia.* Qué diestro
está el boillaco lacayo!

Mar. Déxame Tristan, que tengo
que hacer. *Teo.* Déxala Tristan.

Tris. Por mí vaya. *Teo.* Tenla. *Mar.* Venga
mi amor. *Tris.* Cómo no se van
ya, que á ninguno detengo?

Dia. Ay mi bien! no puedo irme.

Teo. Ni yo, porque no es tan firme

ninguna roca en la mar.

Mar. Los brazos te quiero dar.

Teo. Si yo no era menester.

Tris. Y yo á los tuyos asirme.

por qué me hiciste cansar?

An. Desto gustas? *Dia.* Vengo a ver lo poco que hay que har de un hombre y una muger.

Teo. Ay qué me has dicho de afortunas?

Tris. Yo he caído ya con veros juntar las almas contentas, que es desgracia de terceros, no se concertar las ventas.

Mar. Si te trocáre, mi bien, por Fabio ni por el mundo, que tus agravios me den muerte. *Teo.* Hoy de nuevo fando, Marcela, mi amor tambien, y si te olvidare digo, que me dé el cielo en castigo el verte en brazos de Fabio.

Mar. Quieres deshacer mi agravio?

Teo. Qué no haré por tí, y contigo?

Mar. Dí que todas las mugeres son feas. *Teo.* Contigo es claro: mira, qué otra cosa quieres?

Mar. En ciertos zelos reparo, ya que tan mi amigo eres, que no importa que esté aquí Tristan. *Tris.* Bien pedéis por mí, aunque de mí mismo sea.

Mar. Dí que la Condesa es fea.

Teo. Y un demonio para mí,

Mar. No es necia? *Teo.* Por todo extremo.

Mar. No es bachillera? *Teo.* Es cuitada.

Dia. Quiero esterbarlos, que temo que no reparan en nada, y aunque me hielo me quemé.

An. Ay señora, no hagastal.

Tris. Quando querais decir mal de la Condesa y tu talle, á mí me oid. *Dia.* Escuchalle podrá desvergüenza igual?

Tris. Lo primero. *Dia.* Yo no aguardo á lo segundo, que fuera necesidad. *Mar.* Voyme, Teodoro.

Vase con reverencia Marcela.

Tris. La Condesa.. *Teo.* La Condesa?

Dia. Teodoro. *Teo.* Señera, advierte.

Tris. El Cielo á trobar comienzo, no piense aguardar los rayos.

Vase Tristan.

Dia. Anarda, un bufete llega, escribiráme Teodoro una carta de su letra, pero notándola yo.

Teo. Todo el corazón me tiembla, *ap.* si oyó lo que hablado habemos.

Dia. Bravamente amor despierta, con los zelos á los ojos? que aqueste amase á Marcela, *ap.* y que yo no tenga partes para que tambien me quiera, que se burlesen de mí.

Teo. Ella murmura y se queja, bien digo yo, que en palacio para que á callar aprenda, tapices tienen oídos, y paredes tienen lenguas.

Sale Anarda con un bufetillo pequeño y recado de escribir.

An. Este pequeño he traído, y tu escribanía... *Dia.* Llega, Teodoro, y toma la pluma.

Teo. Hoy me mata ó me destierra.

Dia. Escribe. *Teo.* Dí. *Dia.* No estás bien con la rodilla en la tierra, ponte, Anarda, una almohada.

Teo. Yo estoy bien. *Dia.* Póasela, necia.

Teo. No me agrada este favor *ap.* sobre enojos y sospechas, que quien honra las rodillas cortar quiere la cabeza.

Yo aguardo. *Dia.* Yo digo así.

Teo. Mil cruces hacer quisiera.

Siéntase la Condesa en una silla alta, ella dice, y él va escribiendo.

Quando una muger principal se ha declarado con un hombre humilde, es mucho el término de volver hablarla otra, mas quien no estima su fortuna quédese para necio.

Teo. No dices mas? *Dia.* Pues qué mas? el papel, Teodoro, cierra.

An. Qué es esto que haces, señora.

Dia. Necesidades de amor llenas.

Mar. Pues á quién tienes amor?

Dia. Ann no lo conoces bestia, pues yo sé que le murmuran de mi casa hasta las piedras.

Teo. Ya el papel está cerrado; solo el sobrescrito resta.

Dia. Pon, Teodoro, para tí, y no lo entienda Marcela, que quizá le entenderás quando despacio le leas.

Vase, queda solo, y sale Marcela.

Teo. H. y confusion tan extraña! qué aquesta muger me quiera con paso como sangría, y que tenga intercaudencias el pulso de amor tan grandes!

Mar. Qué te ha dicho la Condesa, mi bien? que he estado temblando detrás de aquella antepuerta.

Teo. Dixome que te queria casar con Fabio, Marcela, y este papel que escribí es que despacha á su tierra por los dineros del dote.

Mar. Qué dices? *Teo.* Solo que sea para bien; y pues te casas, que de burlias ni de veras tomes mi nombre en tu boca.

Mar. Oye, *Teo.* Es tarde para quejas. *Vase.*

Mar. No, no puedo yo creer que aquesta la ocasion sea, favores de aquesta loca le han hecho dar esta vuelta, que el está como areaduz, que quando le baxa llena del agua de su favor, y quando le sube mengna. Ay de mí, Teodoro, ingrato! que luego que su grandeza te toca al alma me olvidas, quando te quiere me dexas, quando te dexa me quieres, quién ha de tener paciencia?

Salen el Marques, y Fabio,

Ric. No puedo, Fabio, detenerme una hora, por tal merced le besaré las manos.

Fab. Dile presto, Marcela, á mi señora, que está el Marqués aquí,

Mar. Zelos tiranos, *ap.*
zelos crueles, qué queréis agora tras tantos locos pensamientos vanos?

Fab. No vas? *Mar.* Ya voy.

Fab. Pues dile que ha venido nuestro nuevo señor, y su marido.

Vase Marcela, y sale la Condesa.

Dia. Vueseñoría aquí? *Ric.* Pues no era si me envias con Fabio tal recado, (justo y si despues de aquel mortal disgusto me elegís por marido, y por criado dadme esos pies que de manera el gusto de ver mi amor en tan dichoso estado me vuelve loco, que le tengo en poco, si me contento con volverme loco.

Quando pensé, señora, mereceros, ni llegar á mas bien que desearos? (deroz:

Dia. No acierto, á unquelo intento, á responder yo he enviado á llamaros: é es burlaros?

Ric. Fabio, quees esto? *Fab.* Puedo yo traer sin ocasion agora, ni llamares (ross ménos que de Teodoro prevenido?

Dia. Señor Marques, Teodoro culpa ha si Oyóme anteponer á Federido, (do: vuestra persona, con ser primo hermano y caballero generoso y rico, (no, y presumió que os daba ya la mano; á vuestra señoría la suplico perdone aquestos necios. *Ric.* Fuera en dar á Fabio perdon, sino estuviera (vao adonde vuestra imagen le valiera.

Besos los pies por el favor, y espero que ha de vencer amor esta porfia.

Vase el Marques.

Dia. Pareccos bien aquesto, majadero.

Fab. Por qué me culpa á mí vueseñoría?

Dia. Llamad luego á Teodoro, qué ligero este cansado pretensor venia, quando me matan zelos del que adoro!

Fab. Ya, señora, está aquí nuestro Teodoro.

Salen Teo. Vacilando entre mí mismo una hora he estado leyendo tu papel, y bien mirado, señora, tu pensamiento, hallo que mi cobardia procede de tu respecto; pero ya que soy culpado en tenerle como necio

á tus muchas diligencias,
y así á decirme resuelvo
que te quiero, y que es disculpa,
que con respeto te quiero:
temblando estoy, no te espantes.

Dia. Teodoro, yo te lo creo,
por qué no me has de querer,
si soy tu señora, y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
mas que á los otros criados?

Tco. Ese lenguaje no entiendo.

Dia. No hay mas que entender, Teodoro,
ni pasar el pensamiento
un átomo desta raya:
enfrena qualquier deseo,
que de una muger, Teodoro,
tan principal, y mas siendo
tus méritos tan humildes,
basta un favor muy pequeño,
para que toda la vida
vivas honrado y contento.

Tco. Cierro que vuesañoría,
perdoneme si me atrevo,
tiene en el juicio á veces,
que no en el entendimiento,
mil lucidos intervalos:
para qué puede ser bueno
haberme dado esperanzas,
que en tal estado me han puesto,
pues del peso de mis dichas
caí como sabe enfermo,
casi un mes en una cama,
luego que tramos desto?
si quando ve que me enfrio,
se abrasa en un vivo fuego;
y quando ve que me abraso,
se hiela de puro hielo:
dexárame con Marcela,
mas vienela bien el cuento
del Perro del Hortelano,
no quiere abrasada en zelos
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
vuelve á quitarme el juicio,
y despertarme si duermo;
pues coma ó dexa comer,
porque yo no me sustento

de esperanzas tan cansadas,
que sino, desde aquí vuelvo
á querer donde me quieren.

Dia. Eso no, Teodoro, advierto
que Marcela no ha de ser:
en otro qualquier sugeto
pon los ojos, que en Marcela
no hay remedio. *Tco.* No hay remedio?
pues quiere vuesañoría,
que si me quiere y la quiere
ande á probar voluntades:
tengo yo de tener puesto
adonde no tengo gusto
mi gusto por el ageno?
yo adoro á Marcela, y ella
me adora, y es muy honesto
este amor. *Dia.* Pícaro, infame,
haré que te maten luego.

Tco. Qué hace vuesañoría?

Dia. Daros por sucio y grosero
estos bofetones. *Fab.* Tente.

Salen Fabio y el Conde Federico.

Fed. Bien dices Fabio, no entremos;
pero mejor es llegar:
señora mia, qué es esto?

Dia. No es nada, enojos que pasan
entre criados y dueños.

Fed. Quiere vuesañoría
alguna cosa? *Dia.* No quiero
mas de hablaros en las mias.

Fed. Quisiera venir á tiempo
que os hallase con mas gusto.

Dia. Gusto Federico tengo,
que aquestas son niñerías,
estrada, y sabreis mi intento
en lo que toca al Marqués. *Vase Dia.*

Fed. Fabio, Fabio, yo sospecho *ap.*
que en estos disgustos hay
algunos ciertos secretos.

Fab. No sé: por Dios admirado
de ver, señor Conde, quede
tratar tan mal á Teodoro,
cosa que jamás ha hecho
la Condesa mi señora.

Fed. Bañóle de sangre el lienzo.
Vanse Federico y Fabio.

Sale Tris. Siempre, tengo de venir
acabados los sucesos,

parezco espada cobarde.

Teo. Ay Tristan! *Tris.* Señor, qué es esto?

sangre en el lienzo? *Teo.* Con sangre

quiere amar que de los celos

entre la letra. *Tris.* Por Dios

que han sido celos muy necios.

Teo. No te espantes que está loca

de un amoroso deseo,

y como el excusante

tiene su honor por desprecio,

quiere deshacer mi rostro,

porque es mi rostro el espejo,

adonde mira tu honor,

y véngate en verla feo.

Tris. Señor, que Juan o Lucia

cierren conmigo por celos,

y me rompa por las viñas

el cuello que ellas me diéron:

que me repelen y arañen,

sobre averiguar por cierto

que le dice un peso falso,

vaya, es gente de pandero,

de media de cordellate

y de zapato frayleseo;

pero que tan gran señora

se pierda tanto respeto

á sí misma, es vil accion.

Teo. No sé, Tristan, pierdo el seso

de ver que me está adorando,

y que me aborrece luego:

no quiere que sea suyo

ni de Marcela, y si dexo

de mirarla, luego busca

para hablarme algun enredo.

No dudes, naturalmente

es del hanelano el perro,

ni come, ni comer dexa,

ni está fuera, ni esta dentro.

Tris. Contárenme que un Doctor

Catedrático y Maestro,

tenia un ama y un mozo,

que siempre andaban riñendo.

Reñian á la comida,

á la cena, y hasta el sueño

le quitaban con sus voces,

que estudiar no habia remedio.

Estando en licion un dia,

fuéle forzoso corriendo

volver á casa, y entrando

de improvizo en su aposento,

vió el ama y mozo acostados

con amorosos requiebros,

y dixo: gracias a Dios,

que una vez en paz os veo;

y esto imagino de entrabos,

aunque siempre andais riñendo.

Sale la Condesa.

Dia. Teodoro. *Teo.* Señora! *Teo.* Es duende

esta muger? *Dia.* Solo vengo

á saber como te hallas.

Teo. Ya no lo ves. *Dia.* Estás bueno?

Teo. Bueno estoy. *Dia.* Y no dirás

á tu servicio. *Teo.* No puedo

estar mucho en tu servicio,

siendo tal el tratamiento.

Dia. Qué poco sabes? *Teo.* Tan poco,

que te siento y no te entiendo,

pues no entiendo tus palabras,

y tus bofetones siento:

si no te quiero te enfadas,

y enójaste si te quiere:

escribesme si te olvidas,

y si me acuerdo te ofendo:

pretendes que yo te entienda,

y si te entiendo soy necio;

mátame ó dame la vida,

da un medio á tantos extremos.

Dia. Hicete sangre? *Teo.* Pues no.

Dia. Adónde tienes el lienzo?

Teo. Aquí. *Dia.* Maestra. *Teo.* Para qué?

Dia. Para qué? la sangre quiero:

habla á Octavio á quien agora

mandé que te diese luego

dos mil escudos, Teodoro.

Teo. Para qué? *Dia.* Para hacer lienzos.

Vase la Condesa.

Teo. Hay disparates iguales?

Tris. Qué encantamientos son estos?

Teo. Dos mil escudos me ha dado.

Tris. Bien puedes tomar al precio

otros tantos bofetones,

Teo. Dice que son para lienzos,

y llevó el mio con sangre.

Tris. Popé la sangre, y te ha hecho

doncella per las narices.

Teo. No anda mal agora el perro,

pues despues que muere alhaga.
Tris. Todos aquestos extremos
 han de parar en el alma
 del Doctor. *Teo.* Quéralo el cielo.

JORNADA TERCERA.

Salen Federico , Ricardo y Celio.

Ric. Esto vistes? *Fed.* Esto ví.

Ric. Y qué , le dió bofetones?

Fed. El servir tiene ocasiones,
 mas no lo son para mí,
 que el poner una muger
 de aquellas prendas la mano
 al rostro de un hombre , es llano,
 que otra ocasion puede haber,
 y bien veis que lo acredita
 el andar tan mejorado.

Ric. Ella es muger , y él criado.

Fed. Su perdicion solicita.

Ric. La altivez y bizzarria
 de Diana me admiró,
 y bien puede ser que yo
 vea y no viese aquel dia.
 Mas ver caballos y pages
 en Teodoro , y tantas galas,
 qué son si no nuevas alas?
 pues criados , oro y trages
 no los túviera Teodoro
 sin ocasion tan notable.

Fed. Antes que desto se hable
 en Nápoles , y el decoro
 de vuestra sangre se ofenda,
 sea ó no sea verdad.

ha de morir. *Ric.* Y es piedad
 matarle , aunque ella lo emienda.

Fed. Podrá ser? *Ric.* Bien puede ser
 que hay en Nápoles quien vive
 de eso , y en oro recibe
 lo que en sangre ha de volver,
 no hay mas que buscar un bravo,
 y que le despache luego.

Fed. Por la brevedad os ruego.

Ric. Hoy tendrá su justo pago
 semejante atrevimiento.

Fed. Son bravos estos? *Ric.* Sin duda.

Fed. El cielo ofendido yuda
 vuestro justo pentamiento.

Salen Furio , Antonelo y Lirano , Laca-

gos , y Tris. vestido de nuevo.

Tris. Suelta , Antonelo. *An.* Lirano,
 Furio , que se nos defiende.

Fur. Dezes aquí para vicio,
 ó será... *Tris.* Si yo quisiere.

Lir. Ha de querer , ó si no
 le darás al zicahuete.

Tris. Qué me han de dar , voto á Christo
 que han de llevar desta suerte,
Mécelos á cuchilladas.

canalla vil , voto á Dios!

Ric. Aqueste hombre es valiente.

Cel. Yo , llamame ese hidalgo.

Cel. Oye usted. *Tris.* Soy obediente.

Ric. Aquí nos mueve. *Tris.* Qué mandan?

Ric. Solo vuestra valentia
 á que si acaso quisieseis
 matar un hombre , que yo
 daré lo que justo fuere.

Tris. Así me importa fingir, *ap.*
 á mi amo aquesta gente
 quiere que mate. *Fed.* Si acaso
 el precio no es competente,
 dé Ricardo este bolsillo.

Tris. Pues con los muertos le cuente:
 quién es este desdichado?

Fed. Con Teodoro solamente
 tenemos cierto rencor,
 y queremos si ser puede
 que vm. le mate , el secreto
 impena , y en esta tiene
 para señal , que despues
 será lo que vm. quisiere.

Tris. Bayan con Dios , y descuiden,
 y así á su Dios le encomienden.

Vanse , queda Tristan , y sale Teodoro.

Tris. Señor , alónde has estado,
 que ando rabizado por veinte?

Teo. Tristan , no sé de mí mismo,
 porque vengo de tal suerte,
 que por no morir , me voy
 donde no me halle la muerte.

Tris. Pues si de la muerte huyes,
 por qué , d me , señor , quieres
 que a tí la muerte te halle?

Teo. Porque Diana lo quiere:
 ves todo quanto ayer dixo?
 pues hoy , Tristan , me parece,

porque Marcela se goce
de mi mal, juzgo que quiere,
que con Marcela me case.

Tris. Pues dime, señor, que quieres,
queixate de tu fortuna
y no vengas con vaybenes,
si me ausento, ó no me ausento,
si voy á buscar la muerte,
per no morir á sus ojos,
porque Marcela me quiere;
dexa á Marcela, señor,
que con la Condesa puedes
apretar de rempujon,
y venga lo que viniere.

Teo. Cómo si no soy su igual?

Tris. Cómo? muy bien, de esta suerte:
diz que el Conde Ludovico
envió un hijo, habrá años veiate,
á Malta, y lo cautivaron,
de su mismo nombre, y puedes
en fe de que eres su hijo casarte.

Teo. Si tu pudieras
hacer que fuese su hijo,
y que él mi padre fuese,
fácil seria el casarme;
pero temo no nos cueste
á los dos, ó que nos maten,
ó que á galeras nos echen.

Tris. Dexalo todo á mi cargo,
porque yo lo haré de suerte,
que seas Conde, aunque yo
venga á ser tu confidente;
pero dexando esto á un lado,
sabe que matarte quieren.

Teo. Matarme á mí, quién *Tristan*?

Tris. En este bolsillo vienen
restigos de asesinato,
Ricardo y Federico... *Teo.* Tente,
porque sale la Condesa.

Tris. Ya te diré de que suerte
fué el concierto: yo me voy.

Teo. Dios te guarde. *Tris.* Con él quedas.

Vase Tristan, y sale la Condesa.

Dia. Estás ya mas mejorado,
de tus tristezas, Teodoro?

Teo. Si en mis tristezas adoro
sabré estimar mi euidade.
No quiero yo mejorar

de la enfermedad que tengo,
pues solo á estar triste vengo,
quando imagino sanar.

Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir!
que se ve un hombre morir,
y estima su perdicion.
Solo me pesa, que ya
esté mi mal en estado,
que de alexar mi euidade,
de donde su dueño está.

Dia. Ausentarte, pues por qué?

Teo. Quierenme matar. *Dia.* Si harán.

Teo. Envidia á mi mal tendrán,
que bien al principio fué;
con esta ocasion te pido
licencia para irme á España.

Dia. Será género de hazaña
de un hombre tan entendido,
que con eso quitarás
la ocasion de tus enojos;
y aunque des agua á mis ojos,
honra á mi casa darás;
que desde aquel bofetón,
Federico me ha tratado
como celoso, y me ha dado
para dexarte ocasion.

Vete á España que yo haré
que te den seis mil escudos.

Teo. Haré tus contrarios mudos
con mi ausencia: dame el pie.

Dia. Anda, Teodoro, no mas,
dexame que soy muger.

Teo. Lloras, mas qué puedo hacer?

Dia. En fin, Teodoro te vas?

Teo. Si señora. *Dia.* Espera, vete,
oye. *Teo.* Qué me mandas? *Dia.* Nada,
vete. *Teo.* Voyme. *Dia.* Estey turbada:
hay tormento que inquiete
como una pasion de amor?
no eres ido? *Teo.* Ya, señora,
me voy. *Dia.* Buena quedo agora.

Vase Teodoro.

Maldígate Dios, honor:
temeraria invencion fuiste;
tan opuesta al propio gusto,
quien te inventó? mas fué justo,
pues que tu freno resiste

tantas cosas tan mal hechas.

Sale Teodoro.

Tee. Vuelve á saber si hoy podré partirme. *Dia.* Ni yo lo sé ni tú Teodoro sospechas, que me pasa de mirarte, pues que te vuelves aquí.

Tee. Señora, vuelve por mí que no estoy en otra parte, y como me ha de llevar, vengo para que me des á mí mismo. *Dia.* Si despues de has de volver á buscar, no me pidas que te de; pero vete, que el amor lucha con mi noble honor, y vienes tú á ser triapie. Vete, Teodoro, de aquí, no te pidas, aunque puedan, que yo sé que si te quedas allá me llevas á mí.

Tee. Quede vuestra señoría con Dios. *Dia.* Maldita ella sea, pues me quita que yo sea de quien el alma queris. *Vase Tee.*

Buena quedo ya sin quien era luz de aquestos ojos; pero sientan sus enojos, quien mira mal, llora bien. Ojos, pues os habeis puesto en cosa tan desigual, pagad el mirar tan mal, que no soy la culpa desto; mas no lloren, que tambien templá el mal llorar los ojos; pero sientan sus enojos, quien mira mal, llora bien. Aunque tendrán ya pensada la disculpa para todo, el sol los pone en el lodo y no se le paga nada; luego bien es que no den en llorar: cesad mis ojos; pero sientan sus enojos, quien mira mal, llora bien.

Sale Marcela.

Mar. Si pueda la confianza de los años de servito, humildemente pedirte

lo que justamente alcanza, á lo malo te ha venido la ocasion de mi remedio, y poniendo tierra en medio no verme si te he ofendido.

Dia. De tu remedio, Marcela? qual ocasion? que aquí estoy.

Mar. Dices que se parte hoy por peligros que recela, Teodoro á España, y con él puedes casada enviarme, pues no verme, es remediarme.

Dia. Sabes tú que querrá él?

Mar. Pues pidierate yo á tí sin tener satisfaccion, remedio en esta ocasion?

Dia. Hasle hablado? *Mar.* Y él á mí, pidiendome lo que digo.

Dia. Qué á propósito me viene esta desdicha! *Mar.* Ya tiene tratado aquesto conwigo, y el modo con que podemos ir con mas comodidad.

Dia. Ay necio honor! perdonad, *ap.* que amor quiere hacer extremos; pero no será razon, pues que podeis remediar facilmente este pesar.

Mar. No temas resolcion.

Dia. No podré vivir sin tí, Marcela, y haces agravio á mi amor y aun al de Fabio, que sé yo adorar en tí. Yo te casaré con él, dexa partir á Teodoro.

Mar. A Fabio aborrezco, adoro á Teodoro. *Dia.* Qué cruel ocasion de declararme! mas tenes loco amor; Fabio te estará mejor. *Vase.*

Mar. Señora. *Dia.* No hay que replicar-

Mar. Vuelve vano pensamiento (me. atrás tus pares airados, que con zelos declarados será suspiros mis aliento. *Vase.*

Salen el Conde Ludovico y Camilo.

Cam. Para tener sucesion, no te queda otro remedio.

Lud. Hay muchos años en medio,

que mis enemigos son,
y aunque tiene esa disculpa
el casarse en la vejez,
quiere el temor ser juez,
y ha de averiguar la culpa;
y podría suceder,
que sucesos no alcanzase,
y casado me quedase,
y en un viejo una mujer
es en un olmo una yedra,
que aunque con tan varios lazos
la cubre de sus brazos,
éi se seca y ella madra,
y tráeme canchibocates,
es tráeme á la memoria,
Camilo, mi antigua historia,
y renovar mis tormentos,
esperando cada día
con cagaños á Teodoro:
veinte años ha que le lloro,
Sale un Page.

Pag. Aquí á vuestra señoría
busca un Griego mercader.

*Sale Tristan vestido de Armenio, con
un turbante graciosamente, y Furio
con otro.*

Lud. Di que entre. *Tris.* Dame esas manos,
y los cielos celebrados
con su divino poder
os dea el mayor consuelo
que esperais. *Lud.* Sois bien venido,
mas que cosas es ha traído
por este temoto suele?

Tris. De Constantinopla vine
á Chipre, y della á Venecia
con una nave cargada
con ricas telas de Persia.
Acordéme de una historia,
que algunos pasos me cuesta,
y con deseo de ver
á Nápoles, ciudad bella,
mientras allá mis criados
van despachando las telas,
vine como veis aquí,
donde mis ojos confiesan
su grandeza y hermosura,

Lud. Tiene hermosa y grandeza
Nápoles? *Tris.* Así es verdad:
mi padre, señor, en Grecia

fué mercader, y en su trato
el de esas ganancias era
comprar y vender esclavos;
y así en la feria de Azeclias
compró un niño, el mas hermoso
que vió la naturaleza,
por castigo de poder
que le dió el cielo en la tierra.
Vendíamle algunos Turcos,
entre otra gente bien presta,
á unas galeras de Malta,
que las de un Borá Torquescas
prendieron en Cefalonia,

Lud. Camilo el alma me altera.

Tris. Aficionado al rapáz,
compróle, y llevóle á Armenia,
dónde se crió conmigo
y una hermana. *Lud.* Amigo, espera,
espera, que me traigas
las entrañas. *Tris.* Qué bien entra!

Lud. Dixo cómo se llamaba?

Tris. Teodoro. *Lud.* Ay cielos, qué fuerza
tiene la verdad! de siete,
lágrimas mis canas riegan.

Tris. Serpallionia mi hermana,
y este mozo, nunca fuera
tan bello, con la ocasion
de la crianza que engendra
el amor que todos saben,
se amaron desde la tierna
edad, y á diez y seis años
de mi padre en cierta ausencia,
executaron su amor,
y crecia de suene en ella,
que se le echaba de ver,
con cuyo temor se ausenta
Teodoro, y para partir,
á Serpallionia dexa.
Catibornato, mi padre,
no sintió tanto la ofensa,
como el dexarle Teodoro.
Murió en efecto de pena,
y bautizamos su hijo,
que aquella parte de Armenia
tiene vuestra misma ley,
aunque en diferente Iglesia:
llamamos al bello niño,
Termaconio que queda,
un bello rapaz agora,

en la Ciudad de Tepeacas!
andando en Nápoles yo
mirando cosas diversas,
sacó su papel, en que traxe
de este Teodoro las señas,
y preguntando por él,
me dixo una esclava Griega
que en tal posada servia:
cosa que este meze sea
el del Conde Ludovico?
diome el alma una luz nueva,
y doy en que os he da hablar,
y por entrar en la vesura,
entré, sepa me dixerón,
en casa de la Condesa
de Bolívar, y al primer hombre
que preguntó... *Lud.* Ya me tiembla
el alma. *Tris.* Veo á Teodoro.

Lud. A Teodoro! *Tris.* El bien quisiera
hairsa; pero no pudo,
cué en pose, y era fuerza,
porque el estar ya barbado
tiene alguna diferencis.
Fuí tras él, asile en fia,
hablóme, aunque con verguenza,
y dixo: que se dixese
á nadie en casa quien era,
porque el haber sido esclavo,
no diese alguna sospecha:
díxelo, si yo ha sabido
que eres hijo en esta tierra
de un título, por qué tienes
la esclavitud por baxeza?
hizo gran burla de mí,
y yo por ver si concuerda
tu historia con la que digo,
vine á verte, y que tengas,
si es verdad que este es tu hijo,
con tu nieto alguna cuenta,
ó peraitas que mi herradura
con él á Nápoles venga,
no para tratar casarse,
aunque le sobra noblezza,
mas porque Terizacoisio
tan ilustre abuele tenga.

Lud. Dame mil veces tus brazos,
que el alma con sus potencias
que es verdadera tu historia
en su rogocijo muestran:

al hijo del alma mía,
tras tantos años de ausencia
hallado para mí bien!

Camilo, qué me aconsejas,
iré á verle, y conocerle?

Cam. Ese dadas? pare, vuela,
y siendo vida á sus brazos
á los años de tus penas:

Lud. Amigo, si quieres ir
conmigo, será mas cierta
mi dicha: si descansar,
aquí aguardando te queda,
y deme por tanto bien
toda mi casa y hacienda,
que no puedo detenerme.

Tris. Yo dexo, presto que cerca,
cientos diamantes que traigo,
y volveré quando vuelvas.

Vamos de aquí, Mercapanies.

Fur. Anémis. *Cam.* Extraña lengua!

Lud. Vente Camilo, tras mí.

Cam. Vamos, señor. *Tris.* Bien se empieza
el engaño. *Fur.* Muy honis.

Vanse el Conde y Camilo.

Tris. Trasponca? *Fur.* El viejo vuela
sin aguardar coche ó gente.

Tris. Cosa que es o verdad sea,
y que este fuese Teodoro?

Fur. Mas si es mentira co no esta
hubiere alguna verdad?

Tris. Estas almalafas lleva,
que me importa desasdarme,
porque ninguno me vea
de los que aquí me conocen.

Fur. Desanda presto. *Tris.* Que pueda
este el amor de los hijos!

Fur. Adonde te aguardo? *Tris.* Espera,
Fede, en la baxa del cielo.

Fur. A Dios. *Tris.* Qué te ero llega
aligeais? aquí debo... *Vase Fur.*
traigo la capa resuelta,
que como medio torca
me la puse, porque hubiera
mas lugar en el peligro
de dexar en una puerta
con el Armenia turbante
las sepalladas gregueras.

Sale Ricardo y Federico.

Fed. Digo que es este el matador valiente

que á Teodoro ha de dar muerte segura.

Ric. Ah hidalgo, así se cumple en el agente, que honer profesa, y que opinien procura,

lo que se prometió tan facilmente?

T. Señor. *F.* Somos nosotros por ventura de los iguales vuestros? *Tr.* Sin ofensa es justo que mi culpa se confiese. Yo estoy sirviendo al misero Teodoro, que ha de morir por esta misma airada, pero puede ofender vuestro decoro públicamente ensangrentar mi espada por una virtud, está muy ciertos que lo poseen estar ya con los muertos, y no se precipite de esa suerte, que ya sé cuando le he dar la muerte.

F. Parecemos Marques, que el hambre es cierta; y que le sirve, ha comenzado el caso. no dudeis, matarle. *Ric.* Cosa es cierta, por muertos le contad. *F.* Hablemos peso.

Tr. En tanto que esta muerte se concierta, vue señorías no tendrán acaso cincuenta escudos, que comprar querria un reñó que volase el mismo día.

Ric. Aquí les tengo yo, tomad, seguro, de que en saliendo con aquesta empresa lo ménos es pagaros. *Tr.* Yo aventuro la vida, que servir buenos profesa; con esto á Dios, que no me vaa procurar hablar desde el balcón de la Condesa con vuestras señorías. *Fed.* Sois discreto.

Tr. Ya lo verás al tiempo del efecto.

F. Bravo es el hombre. *R.* Así te yinguiateso.

Fed. Qué bien le ha de matar? *Ric.* Notablemente.

Sale Cel. Hay caso mas extraño y fabuloso!

Fed. Qué es este, Celio? dónde vas detente.

Cel. Un suceso notable y riguroso, para los doctos no veis aquella goate que camina en casa del Conde Ludavico?

R. He muerto! *C.* Qué me escuchaste, implice.

A darle van el parabien cementes de haber hallado un hijo que ha perdido.

R. Pues qué puede ofender a nuestros mentes que le haya esa ventura sucedido?

C. No importa á los secretos por asamientos que con Diana habeis les desentido, que sea aquel Teodoro su criado (huelo: hijo del Conde? *Ri.* El alma me has rir-

hijo del Conde? pues de qué manera lo ha venido á saber? *C.* Es largá historia, y cuenta la tza varia, que no hubiera para tomarla tiempo ni memoria.

Fed. A quién mayor dicha ha sucedido?

R. Trócoro en su mi esperada gloria.

F. Yo quiero ver lo que es. *R.* Yo, Conde, es digo.

C. Presa veais que la verdad os digo.

Vanse, y sale Teodoro de camino, y Marcela.

Mar. Ha fin, Teodoro te vas?

Teo. Tú eres causa de esta ausencia, que en desigual competencia no resulta bien junta.

Mar. Dicipas tan falsas dar, como tu engañó la ha sido, porque habetme aborrecido y haber venido á Diana, lleva tu esperanza vana solo á procurar un olvido.

Teo. Yo á Diana? *Mar.* Niegas tarde,

Teodoro, el loco deseo con que perdido te veo de atrevido y de cobarde: cobarde en que ella se guarda el respeto que se debe, y atrevido pues se atreve tu baxeza á su valer, que entre el honor y el amor hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de tí, aunque quedo enamerada, porque olvidaré vengada, que el amor olvida así: si te acordáres de mí, imagina que te olvido porque me quieras, que ha sido tiempo, porque suele hacer que vuelva un hombre á querer pensar que es aborrecido.

Teo. Qué de quineras tan locas para casate con Fabio!

Mar. Tú me casas, que el agravio de tu desden me provoca.

Sale Fab. Siendo las horas tan pocas que aquí Teodoro ha de estar, bien haces, Marcela, en dar este descanso á tus ojos.

Teo. No te des zelos enojos
que han de pasar tanto mar.
Fab. En fin, te vas? *Teo.* No lo ves?
Fab. Mi señora viene á verte.
Valen la Condesa, Dorotea y Anarda.
Dia. Ya, Teodoro, desta suerte?
Teo. Alas quisiera en los pies,
quanto mas, señora, espuelas.
Dia. Ohi, está esa ropa á puato?
An. Todo está apretado y junto?
Fab. En fin, se va? *Mir.* Y tú me zelas.
Dia. Oye aquí aparte. *Teo.* Aquí estoy
Aparte los dos.
á tu servicio. *Dia.* Teodoro,
tú te partes, yo te adero.
Teo. Per tus crueldades me voy.
Dia. Soy quien sabes: qué he de hacer?
Teo. Lieras? *Dia.* No, que me ha caído
algo en los ojos. *Teo.* Si ha sido
amor? *Dia.* Si debe de ser,
pero mucho ántes cayó,
y agora salir quería.
Teo. Yo me voy, señora mía,
yo me voy el alma no:
sin ella tengo de ir,
no haga al serviros falta
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.
Qué me mandáis? porque yo
soy vuestro. *Dia.* Qué triste día!
Teo. Yo me voy, señora mía,
yo me voy el alma no.
Dia. ¿Lloras? *Teo.* No, que me ha caído
algo como á tí es los ojos.
Dia. Deben de ser mis enojos.
Teo. Eso debe de haber sido.
Dia. Mil niñerías te he dado,
que en el baul hallará;
perdon, no puede mas:
si le abrieres, ten cuidado
de decir, como á despejos
de victoria tan tirana,
aquertas puso Diana
con lágrimas de sus ojos.
An. Perdidos los dos están.
Dor. Qué mal se encubre el amor!
An. Quédarse fuera mejor:
manos y prendas te dan.
Dor. Diana ha venido á ser

el perro del hortelano.
An. Tarde le toma la mano.
Dor. O coma, ó dexa comer.
Sale el Conde Ludovico.
Lud. Bien puede el regocijo dar licencia,
Digna ilustre, á un hombre de mis años,
para entrar desta suerte á visitaros.
Di. Señor Conde, qué es este? *Lh.* Pues
vos sala
no sabéis lo que sabe toda Nápoles,
que en un instante que llegó la nueva,
apenas me han dexado por las calles,
ni he podido llegar á ver mi hijo?
Di. Qué hijo, que no entiendo el regocijo?
Lh. Nunca vuesañoría de mi historia
ha tenido noticia, ó que á veinte años
que enviaba un niño á Malta con su tío,
y que le cautivaron las galeras
de AbBaxá. *Di.* Sospecho que me han
dicho
ese suceso vuestro. *Lh.* Pues el cielo
me ha dado á conocer el hijo mio
después de mil fatigas que ha pasado.
Di. Con justa causa, Conde, me habéis dado
tan buena nueva. *Lh.* Vos, señora mía,
me habéis de dar en cambio de la nueva
el hijo mio que sirviendose vive,
bien descuidado de que soy su padre:
ay si le viera su difunta madre!
Di. Vuestro hijo me sirve? es Fabio acaso?
Lh. Neseñora, no es Fabio, que es Teodoro.
Di. Teodoro? *Lud.* Si señora. *Teo.* Cómo
es esto?
Di. Habla, Teodoro, si es tu padre el Conde.
Lud. Luego es aquesto? *Teo.* Señor Conde
advierta
vuesañoría... *Lh.* No hay que advertir
hijo de mis entrañas, sino solo
el morir en tus brazos. *Di.* Casos extraños!
An. Ay señora, Teodoro es caballero
tan principal y de tan alto estado?
Teo. Señor, yo estoy sin alma de turbado:
hijo soy vuestro? *Lh.* Quando no tuviera
tanta seguridad, el verte fuera
de toda la mayor, que parecido
á quando me zelas. *Teo.* Las piernas pido,
y te suplico... *Lh.* No me digas nada,
que estoy fuera de mí: qué gallardía!
Dios se bendiga, qué real presencia!

qué bien que te escribió naturaleza en la cara, Teodoro, la nobleza: vamos de aquí, ven luego, luego toma posesion de mi casa y de mi hacienda, ven á ver esas puertas coronadas de las armas mas nobles deste Reyno.

Teo. Señor, yo estaba de partida para España,

y así me importa. *Lu.* Cómo España? bueno:

España son mis brazos. *Di.* Yo os suplico señor Conde, dexeis aquí á Teodora hasta que se repare, y en buca habito vaya á reconoceros como hijo que no quiero que salga de mi casa con aquaste alboroto de la gente.

Lu. Hablais como quien seis tan cuerdamen dexarle quiere por un breve instante. (te mas porque mas rumor no se levante, me irá, rogando á vuestra señoría que sin mi bien no me anochezca el día.

Dia. Palabra os doy. *Lu.* A Dios Teodoro mio. (milo,

Te. Mil veces beso vuestros pies. *Lu.* Cavésgal muerte agora. *Cam.* Qué gallardo mancebo que es Teodoro! *Lu.* Pensar poco

quiero este bien, por no bolverme loco.

Vase el Conde, y llegan todos los criados á Teodoro.

Fab. Damos á todos las manos.

An. Bien puedes por gran señor.

Dar. Hacernos debes favor.

Mar. Los señores que son llanos conquistan las voluntades, los brazos nos puedes dar.

Dia. Apartaos, dadme lugar, no le digais necedades, deme vuestra señoría las manos, señor Teodoro.

Teo. Agora esos pies adoro, y sois mas señora mia.

Dia. Salios todos allá, dexadme con él un poco.

Ma. Qué dices Fabio? *Fab.* Estoy loco.

Do. Qué te parece? *An.* Que ya mi amo no querrá ser el perro del hortelano.

Do. Comerá ya? *An.* Pues no es llano.

Do. Pues reviente de comer.

Vanse los Criados.

Dia. No te vas á España? *Teo.* Yo?

Dia. No dices vueseñoría, yo me voy señora mia, yo me voy el alma no?

Teo. Barias de ver los favores de la fortuna? *Dia.* Haz extremos.

Teo. Con igualdad nos tratemos como suelea los señores, pues todas las somos yz.

Dia. Otro me parece. *Teo.* Creo que estás con ménos desseo, pesa el ser ta igual te da, quisierasme tu criado, porque es costumbre de amer, quater que sea inferior lo amado. *Dia.* Estas engañado, porque agora serás mio, y esta noche he de casarme contigo. *Teo.* No hay mas que darme,

fortuna tente. *Dia.* Confie, que no ha de haber en el mundo tan venturosa muger, vete á vestir. *Teo.* I é á ver el mayrazgo que hoy fundo, y este padre que me hallé, sin saber como ó por donde.

Dia. Pues á Dios mi señor Conde,

Teo. A Dios Condesa. *Dia.* Oye. *Teo.* Qué?

Dia. Qué? pues cómo á su señora así responde un criado?

Teo. Está ya el juego trozado, y soy yo el señor agora.

Dia. Sepa que no me ha de dar mas zalites con Marcela, aunque este golpe le duela.

Teo. No nos solemos baxar las Señores á querer

las criadas. *Dia.* Tenga cuenta con lo que dices. *Teo.* Es afrenta?

Dia. Pues quién soy yo? *Teo.* Mi muger.

Dia. No hay mas que desear, tente fortuna, como dixo Teodoro . tente, ten te.

Salen Federico y Ricardo.

Ric. En tantos regocijos y alborotos no se da parte á los amigos? *Dia.* Tanta, quanta vueseñorías me oidieren.

Fed. De ser tan gran señor vu este criado.

os la pediros. *Dia.* Yo pensé señores que las pedis, con que licencia os pido, de ser Teodoro, Conde y mi marido.

Vase la Condesa. (seso.

Ric. Qué os parece a questa? *Fed.* Este y sin *Ric.* O si le hubiera muerto este picano!

Sale Tristan.

Fed. Véale, aquí viene. *Tris.* Todo está en su punto.

baza caza, que pueda en lacayfero ingenio alborotar toda Nápoles.

Ric. Tente, Tristan, ó como te apellidas?

L. d. Bien se ha echado de ver. *Tr.* Hecho estaviere.

áno ser Conde, de hoy acá este muerto.

Ric. Pues eso importa. *Tr.* Al tiempo que el concierro

hizo por los trecientos solamente era para matar, como fué llano, un Teodoro, criado, mas no Conde, Teodoro Conde, es cosa diferente y es menester que el galardón se aumente que mas cosa tendrá matar un Conde, que quatro ó seis criados que estan muertos,

unos de hambre, y otros de esperanzas, y no perorde envidia. *F.* Quanto quieres, y mas de esta noche? *Tr.* Mil escudos.

Ric. Yo les prometo. *Tr.* Alguna señal quiero.

Ri. Esta cadena. *Tri.* Cuenten el dinero.

Fes. Y voy á prevenirle. *Tr.* Yo á matalle: oyen. *Ric.* Qué quieres mas! *Tr.* Todo haéndole dadi.

Vase, y entra Teodoro.

Teo. Desde aquí te he visto hablar con aquellos maraderes.

Tris. Los dos necios son mayores que tiene tan gran lugar: esta cadena me ha dado, mil escudos prometido porque hoy te mate. *Teo.* Qué ha sido esto que viene trazado, que estoy temblando Tristan?

Tris. Si me vieras hablar griego me dieras, Teodoro, luego mas que estar locos me dan: por vida mia que es cosa fácil el gregerizar;

ello en fin es mas de hablar?

mas era cosa doncea,

los nombres que le decia:

Azteclis, Catiborratos,

Serpilironia, Xipato,

Atecas, Filiamedio,

que esto debe de ser griego;

como ninguna lo entiende,

y en fin, por griego se vende.

Teo. A mil pensamientos llego, que me causan gran tristeza, pues si se sabe este engaño, no hay que esperar a esos daños que certame la cabeza.

Tris. Agora sales con esto?

Teo. Demonio debes de ser.

Tris. Dexa la suerte correr,

y espera el fin del suceso.

Teo. La Condesa viene aquí.

Tris. Yo me escondo no me vea.

Sale la Condesa.

Dia. No eres ido á ver tu padre,

Teodoro? *Teo.* Una grave pena

me tiene, y finalmente

vuelvo á pedirte licencia

para proseguir mi intento

de ir á España. *Dia.* Si Marcela

te ha vuelto á tocar el arma,

muy justa disculpa es esa.

Teo. Yo Marcela? *Dia.* Pues qué tienes?

Teo. No es cosa para ponerla

desde mi boca á tu oido.

Dia. Habla, Teodoro, aunque sea

mil veces contra mi honor.

Teo. Tristan, á quien hoy pudiera

hacer el engaño estasas,

la industria versos, y Creta

rendir laborizos, viendo

mi amor, en eterna tristeza,

sabiendo que Ludovico

perdió un hijo, esta quimera

ha levantado conmigo,

que soy hijo de la tierra

y no he conocido padre,

mas que mi ingenio, mis letras

y mi pluma; el Conde trae

que lo soy, y aunque pudiera

ser tu marido y tener

tanta dicha, y tal grandeza,

mi nobleza natural
que te engañe no me dexa;
porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa:
con esto para ir á España
vuelvo á pedirte licencia,
que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre, y tus prendas.

Dia. Discreto y necio has andado,
discreto en que tu nobleza
me has mostrado en declararte,
necio en pensar que lo sea,
en dexarme de casar,
pues he hallado á tu baxeza
el celér que yo queria,
que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo,
y porque Tristan no pueda
decir aquesta secreto,
hoy haré que quando duerma
en ese pozo de casa *destrás del paño.*
le sepulter. *Tris.* Guarda fuera.

Dia. Quien habla aquí.

Tris. Quien? Tristan,
que justamente se queja
de la ingratitud mayor,
que de mugeres se cuenta,
pues siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,
en el pozo me arrojais.

Dia. Qué le has oído? *Tr.* No creas
que me pescarás el cuerpo.

Dia. Vuelve. *Tr.* Qué vuelva?

Dia. Qué vuelvas,
por el donaire te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo,
pero has de tener secreta
esta invension, pues es tuya.

Tris. Si me importa que lo sea,
no quieres que calle? *Teo.* Escucha,
qué gente, y qué grito es esta?

*Salen el Conde Ludovico, Federico, Ricardo,
Camilo, Fabio, Anarda,
Dorothea y Marcela.*

Ric. Queremos acompañar,

á vuestro hijo. *Fed.* La bella
Nápoles está esperando
que salga junto á la puerta.

Lud. Con licencia de Diana
una carroza te espera
Teodoro, y justa á caballo
de Nápoles la nobleza.

Ven, hijo, á tu propia casa
tras tantos años de ausencia,
verás adonde naciste.

Dia. Antes que salga y la vea,
quiero Cende que sepais
que soy su muger. *Lud.* Detenga
la fortuna en tanto bien
con clave de oro la rueda,
dos hijos saco de aquí,
si vine por uno. *Fed.* Llega
Ricardo, y da el parabien.

Ric. Darles señores pudiera
de la vida de Teodoro,
que zelos de la Condesa
me hicieron que á este cobardo
diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudes:
haced que luego le prendan
que es un bienbiente ladrón.

Teo. Eso no, que no profesa
ser ladrón, quien á su amo
defiende. *Ric.* No? pues quién era
ese valiente fingido?

Teo. Mi criado, y porque tenga
premio el defender mi vida
sin otras secretas deudas,
con licencia de Diana
se case con Dorothea,

pues que ya su señoría
casó con Fabio á Marcela.

Ric. Yo doto á Marcela. *Fed.* Y yo
á Dorothea. *Lud.* Bien: queda
para mi con hijo y casa
y el dote de la Condesa.

Dia. Con esto, Señado noble,
que á nadie digais os ruega:
el secreto de Teodoro,
dando con vuestra licencia
del perro del hortelano
fin la famosa comedia.